Donde las princesas también lloran

Kendra Gaytán

Capítulo 1

>> Me he equivocado de cuerpo al despertar, me he confundido de vida un día más<< **-** ese había sido el mismo pensamiento que rondaba en su cabeza al abrir los ojos desde hacía ya más de diez años.

Pensaba en el tiempo, viendo sus sentimientos decaer, siendo acorralada por aquellos momentos que deseaba olvidar encontrándose frente a un pelotón de recuerdos indeseados, de esos que provocan miedo de ser descubiertos.

Había iniciado un viaje sin retorno dentro de un callejón sin salida, quedando atrapada en la obscuridad de un cielo azul ahora grisaceo, convaleciente de amor propio. Intentando encontrar el momento en que su alma fue desterrada del infierno, inclusive antes de entrar.

Con cada día que pasaba estaba, más segura estaba de que le había vendido a su reino la pócima de la desgracia, la creencia errónea que al entregar a su pueblo algo que llenase ese vacío de emociones le iba a traer la paz que tanto necesitaban.

>>he perdido contra el mejor guerrero, me he ido de pechito a perder contra la felicidad<< **-** se reprochó de nuevo, pues tardó en darse cuenta que ella misma eligió su veneno, su forma lenta de morir.

Había llorado noches enteras, la pérdida de algo que nunca había tenido.

Diez años atrás había tomado lápiz y papel, buscando escribir la carta perfecta a la felicidad, aceptando la culpa de sus acciones, retractándose de su palabra y tachándole de traidora a su reino **-** ***has tomado de prisionero al príncipe de este imperio y te declaro acreedora del título de traición a la corona*** – membretó el sobre y para rematar su golpe bajo, le entregó su alma a la obscuridad como señal de paz a su pasado. Había sido acreedora de un boleto hacia la magia y la felicidad, sin las instrucciones de canjeo. Se había perdido en el laberinto de sentimientos, de esos que no se pueden expresar con palabras, la enredadera de sensaciones crecía en ella, estaba un vacío, el miedo y al final la incertidumbre.

Llamó a los guerreros de la corona – *luchamos contra un enemigo letal* – enunció- *la felicidad es la traidora de la nación así como la secuestradora del príncipe, preparen las tropas que esta noche inicia la guerra* - .

- *Las tropas están listas su majestad*- mencionó el guerrero real.

- ¡Muerte a la felicidad! – gritó la princesa- *búsquenla y destrúyanla* – ordenó.

El reino se apagó mientras pasaban los días, uno a uno morían en el bosque los guerreros reales, *>>Es peor de lo que imaginaba, su poder es más grande de lo que creí<<* se repetía con cada día que pasaba.

El viento se asentaba en su cabello, con el olor de las rosas marchitas acompañado de un frío de invierno; con hermosura y tranquilidad en sus ojos de tristeza que buscan el alivio, añorando un tónico de calma, un antídoto al veneno que ella misma subministró.

El príncipe no regresó pues ya no había quien le salvara, ella debía ser la cabeza principal del reino; y el cielo a pesar de tener un sol amarillo de primavera se sentía como un clima gélido de un día de invierno.

Había perdido a su ejército pues la felicidad había envenenado el agua del río, lo cual hacia que todos en el pueblo se sumergieran en un estado hipnótico de satisfacción eterna.

Pactó con el diablo, llamándolo para venderle su orgullo pues su alma ya se la había entregado a la obscuridad; le contó su historia al viento para ver si de esta manera volvía a estar en sueños con su príncipe, pues quizá al final, ese truco barato de desaparecer estaba destinado a salvarle de ella misma. Se tomó un té para el alma, se dio siete días de meditación detuvo la guerra y tras tomar una dosis de tiempo suspiró. Y fue ahí, en ese suspiro frío de primavera cuando se acercó al rio y con la esperanza de que la felicidad le diera el antídoto a su amargura bebió el agua, haciendo una sola y última petición.

>> A ti que has envenenado a mi reino te entrego lo que queda de este lugar, bajo la promesa de llevarme al cosmos donde crecen las flores, de alejarme de esta soledad y mantenerme con ellos<<

Bajo un hechizo eufórico, apareció el príncipe y con un beso de amor se dio cuenta de la realidad. La felicidad se reía en su cara, el príncipe no iba a regresar nunca y ella era inmune al veneno letal, su enemigo había ganado la guerra dejando a la princesa ser la única cuerda dentro del reino. ¿Cuál sería el precio tan alto que debería de pagar por una vida dentro de un purgatorio de emociones? Y al final, al borde, antes de ponerse la soga en el cuello, a punto de caer del barranco sin paracaídas, ¿Valía la pena esta vida? ¿Valía la pena vivirla?

Fueron diez años donde ella cargaba la tristeza en sus pupilas, donde guardó las penas en su corazón, años en que la nostalgia le llevaba de regreso al elixir del veneno, solo para recordarle que la razón no se lleva

bien con la felicidad. Y que por amor propio, nunca más debía regresar al lugar donde su pesadilla realmente comenzó; regresó a su castillo y lloró por no ser como los demás, pues la princesa era la única en ese reino quien podía llorar.